

“Familias fragilizadas en Chile: propuestas para las políticas públicas y la formación de profesionales”

Baeza, Jorge; Donoso, María de la Paz y Rojas,
Paola (2013).

Editorial UCSH, Santiago, Chile.

Las tendencias actuales indican que en Chile no sólo existen cada vez menos matrimonios y menos familias nucleares, sino que se agregan a ello un largo conjunto de otras tendencias más, como: menor fecundidad y mayor esperanza de vida; mayor sobre-exigencia social, al reducirse la integración social a las posibilidades de consumo, frente a un Estado cada vez menos presente; soledad por la incorporación al trabajo de ambos padres y horarios extendidos; precarización de la socialización, dada la fuerte presencia de los Medios de Comunicación Social con discursos muy diferentes a los de los padres; existencia de nuevos padrones de socialización (una socialización más compartida, donde adultos y jóvenes se educan juntos) e individualización, por la presencia –muchas veces– de proyectos más personales que familiares, donde la autorrealización prima por sobre el aporte a la realización de los otros.

A lo anterior, se agrega una tendencia de suma importancia, la mayor aceptación de la posibilidad de hablar ya no solo “de la familia”, sino más bien “de las familias”. Si bien ello es una realidad que ha estado siempre presente en la historia del país, hoy se acepta con más normalidad que hay distintos tipos de familias.

La investigación: “Familias Fragilizadas en Chile” (2013), publicada por la Editorial de la Universidad Católica Silva Henríquez, da cuenta de que en la actualidad, si bien persiste en el imaginario el ideal de la familia nuclear (padre, madre e hijos), hoy conviven en la realidad muchos otros tipos de familias, donde se destacan por su cada vez mayor presencia: las familias monoparentales (las familias de un solo padre o madre, en la mayoría de los casos de jefatura femenina); las familias ensambladas (las familias que nacen al unirse dos familias anteriores, donde los hijos/as pasan a ser los míos, los tuyos y los nuestros) y las familias extensas por

la presencia, con el alargamiento de la vida, con adultos mayores (los que muchas veces son una ayuda y en otras una sobre exigencia para la cual no se está preparado, principalmente en los casos de enfermedades invalidantes). Detrás de esta realidad se puede apreciar que se asocia el concepto de familia más con una función que con una estructura determinada.

Hoy, además de las anteriores tendencias, es más común que antes, que las vidas familiares sean no lineales. La linealidad clásica: matrimonios – hijos – nido vacío – vejez; ya no es tan habitual, junto a lo anterior es posible encontrar trayectorias muy diferentes: matrimonio – hijos – separación – nuevo matrimonio – nuevos hijos o matrimonio – salida de la casa de los padres – separación – vuelta a la casa de los padres.

También es posible sostener que junto a las tendencias y consideraciones anteriores, se puede reconocer que existe en la realidad de las familias ciertos temas emergentes. Temas que cada vez están más presentes, tales como: (a) Masculinidad, la existencia de un cada vez mayor cuestionamiento a las construcciones culturales clásicas asociadas a los varones, que implican una presión social sobre el rol tradicional del hombre, y (b) Judicialización, la búsqueda de la resolución de los conflictos en el aparato jurídico, más que en el diálogo intrafamiliar. No obstante todas estas tendencias tan presentes en Chile, muchos aún no modifican en forma relevante la representación social que ellos poseen sobre la familia. En sus discursos y en sus prácticas, existen contenidos con conceptos, juicios, prejuicios y estereotipos anclados en un tipo de familia que ya no es la común, ni menos la mayoritaria en el país e incluso, en su propia vida de familia.

A partir de la investigación realizada por académicos/as de la Universidad Católica Silva Henríquez, es posible afirmar que existe una “*fragilidad familiar*” en la sociedad chilena. Las familias están tensionadas en su relación con los sistemas e instituciones sociales, que favorece en su interior conflictos que no son adecuadamente resueltos, deteriorando con ello las relaciones afectivas, y configurándolas, muchas veces, como un contexto de violencia, y por tanto, de autodestrucción. Fragilidad que es transversal y no sólo se relaciona con temas económicos, sino que también está fuertemente referida a temáticas relacionadas a la vinculación afectiva entre sus miembros. En este sentido, es tan frágil una familia de bajos recursos, como aquellas de

situación más acomodada, donde, desde lo vincular, por ejemplo, sobresale la soledad y abandono emocional y afectivo que sufren los niños y jóvenes.

La fragilidad familiar se manifiesta, también, en la soledad de los adultos de la familia, quienes muestran una necesidad de ser escuchados, no sólo desde sus cuestiones cotidianas, sino que desde sus experiencias, emociones y miradas del mundo que les rodea. Donde en un mundo altamente competitivo, ven debilitarse su capacidad de reconocerse y empatizar con los otros, quedando en una suerte de mundo propio, que les incapacita para relacionarse con los otros que requieren de él.